

inspeccionar, siempre que lo creamos conveniente, el estado interior del citado banco y de sus dependencias, declarándole en todo lo demás independiente de toda otra administración del Estado.»

Resulta, pues, que el rey Federico, para dar á sus súbditos un banco, tuvo que hacerlo y pagarlo todo él mismo: proyecto, capital, garantía, gastos de instalación y administración; y sin embargo solo se reservó la inspección suprema sin permitir que ningún otro ramo de su gobierno interviniera y tuviera nada que ver con el banco. Muy acertados anduvieron sin saberlo los comerciantes prusianos cuando dejaron á su rey el trabajo del establecimiento del primer banco, contentándose con la utilidad que diera la obra cuando estuviese hecha. No pensaban en auxiliar al Estado, en el cual crecían como el musgo en las hendiduras de las paredes.

El rey Federico II disponía de un pueblo que ignoraba completamente todo cuanto pasaba de la vida casera y del mostrador; era menester educarlo en todo lo demás, y por eso cuanto hacían los particulares por su propia iniciativa era un alivio para el rey. Así sucedió con la introducción y propagación de las sociedades mutuas de crédito agrícola. Un comerciante llamado Büring fué el primero que formó el plan de un banco hipotecario rural; y el rey le hizo reformar para auxiliar especialmente á los propietarios rurales de la Silesia, pero esta vez encomendó su ejecución á una asociación formada de toda la nobleza de Silesia, y presidida por el ministro de justicia de la misma provincia, Carmer, el cual hizo redactar en sus dependencias el reglamento de la sociedad de crédito territorial mutuo, que fué autorizada por el rey en 15 de julio de 1770. Las cédulas hipotecarias que emitió la sociedad fueron pronto valores muy buscados para colocar economías y capitales, y luego se negociaron con prima, porque además de la finca que servía á cada cédula de garantía, y de una suma que destinó el rey al banco por vía de capital circulante, respondía toda la nobleza de la provincia de cada una de sus cédulas hipotecarias; y el rey podía fomentar, robustecer y auxiliar á una institución de esta clase, pero no mandarla. La eficacia y prosperidad inesperadas que tuvo esta asociación en Silesia hizo que en las provincias de Brandeburgo y Pomerania crease la nobleza muy luego establecimientos hipotecarios idénticos. Uno de los distritos interesados se dirigió al rey suplicándole que mandara á la nueva asociación que rebajara el tipo del interés, á lo cual contestó el rey absoluto con más tacto que podía haberse esperado de él: «Esto ha de hacerse por sí solo, porque cuando se impone por mandato desaparece la confianza.»

Del trabajo gigantesco que Federico realizó para el fomento de la producción agrícola en sus Estados, daremos aquí una muestra que presenta á este rey en toda su grandeza. Cuando todavía era príncipe heredero hizo una impresión indeleble la vista de los grandes trabajos de repoblación que su padre había emprendido y llevado á cabo en la Lituania, según tuvimos ocasión de referir en la primera parte. Abriósele un campo de operaciones análogo pero mucho más vasto en los territorios que le habían correspondido del reparto de la Polonia, y especialmente en la Prusia polaca, donde había que desmontar terrenos yermos, secar pantanos, transformar arenas en campos productivos, y establecer familias laboriosas en los nuevos terrenos ganados al cultivo. Esto y proporcionar trabajo y bienestar á la gente pobre había sido, según ya sabemos, su ocupación favorita en los años de paz que precedieron á la guerra de siete años. A estos trabajos se había dedicado con celo redoblado en 1763; y en el año 1772, con la adquisición de las provincias polacas,

caos de dificultades, donde todo estaba por hacer, tuvo un campo digno de su genio creador.

Para esta empresa encontró en la persona de su consejero de hacienda Brenkenhoff, que desde años antes le prestaba eminentes servicios, un instrumento que reunía cabalmente para este objeto, las cualidades más á propósito, un talento general, conocimientos prácticos é inteligencia. Había nacido en 15 de abril de 1723 en Reideburgo, cerca de Halle; era hijo de un oficial retirado de caballería del Palatinado Electoral, y niño todavía había entrado de paje al servicio del príncipe Leopoldo de Anhalt Dessau, bajo cuyo severo régimen se crió, mientras sus dos hermanos menores entraron al servicio del rey de Prusia como oficiales de ejército. Su padre, desesperado á consecuencia de la pérdida de toda su hacienda, se puso al servicio del emperador de Alemania; tomó parte en la guerra contra los turcos y desde entonces no se volvió á hablar más de él.

La sangre de soldado hervía en el pecho de su hijo, el paje, lo mismo que en los demás miembros varones de la familia; y teniendo por maestro al citado príncipe, soldado hasta la médula de los huesos, uno de los mejores generales de Federico II, y que ya lo había sido de su padre, no hay que decir que su educación fué también rigurosamente militar. El príncipe le llevó consigo á la segunda campaña de Silesia en calidad de ayudante, pero conservando el uniforme de paje, y por mucho que le instó el fogoso jóven para que le diese una compañía se negó absolutamente á ello, porque siendo oficial prusiano no podía menos de ser súbdito del rey de Prusia. Ahora bien, el anciano príncipe no quería desprenderse de aquel servidor que poco á poco se había hecho su confidente más íntimo y su mano derecha en todos los asuntos de administración del pequeño principado de que era soberano absoluto. Bajo el reinado de su sucesor el príncipe Maximiliano, que reinó desde 1747 hasta 1751, fué nombrado director general de toda la administración. El sucesor é hijo de Maximiliano, el príncipe Francisco, le conservó en este empleo; y en la guerra de los siete años Brenkenhoff prestó servicios tan eminentes en el suministro de víveres para el ejército prusiano, especialmente en los días que precedieron á la batalla de Torgau, que Federico II le invitó á entrar á su servicio en 1762, dejando á su elección el puesto y el sueldo. Brenkenhoff eligió la plaza de consejero director de hacienda, de administración militar y del real patrimonio con asiento y voz en la dirección general de hacienda y con solo 2,000 talers de sueldo (7,500 pesetas). Siendo como era hacendista eminente y dueño de una gran riqueza, reunida en el servicio de los príncipes de Dessau, podía en su nuevo destino hacer adelantos al rey, y otros sacrificios análogos tan importantes á menudo para las empresas económicas del rey como los fondos facilitados por este último. Con la resolución y energía del hombre educado militarmente, que cree imaginarias las nueve décimas partes de las dificultades que encuentra en empresas de esta índole, acometió la gran obra de regeneración y repoblación de las nuevas provincias que habían tocado á la Prusia en el reparto de la Polonia, y con la sagacidad de un maestro consumado en todas las materias económicas, militar, administrador y organizador á la vez, supo encontrar todo lo que necesitaba para llevar á cabo la gran obra de que se encargó. Brenkenhoff con todas sus cualidades era el ideal que se había imaginado el padre de Federico el Grande para realizar semejantes empresas.

El primer campo extenso donde aplicó Brenkenhoff su actividad fueron los distritos horriblemente asolados y transformados en desiertos por los rusos en la Nueva Marca y en la Pomerania Posterior. En la primera había disminuido la

población en 57,028 almas; la ciudad de Custrin era un montón de escombros y ruinas; en el campo había 1,974 casas incendiadas, y los pocos habitantes que vegetaban por allí estaban expuestos á morir de hambre, si no se acudía á su auxilio con recursos extraordinarios é inmediatos. Por consejo y á propuesta de Brenkenhoff destinó el rey para pan y siembra en la Nueva Marca 768,149 talers, 6,342 caballos de tiro y 68,866 carneros que se distribuyeron entre labradores viejos y nuevos. Primero llegaron de estos últimos 4,593, y en el año siguiente 6,235, hasta que en el año 1775 no solamente se había repuesto la población, sino que resultaron 23,700 habitantes más que antes de la guerra. A fines del año 1763 estaba reconstruida casi completamente la ciudad de Custrin, habiéndose establecido en ella y en otras ciudades un grandísimo número de familias nuevas de artesanos; y las haciendas y señoríos del real patrimonio tan asolados, no solamente habían vuelto á producir como antes de la guerra, sino que arrojaron en el balance del citado año un aumento de 4,089 talers. En la Pomerania Posterior encontró Brenkenhoff en las cercanías de Colberg un verdadero desierto sin una sola casa, sin habitantes, sin ganado y sin árboles; en el campo había 1,286 casas destruidas; en todo el distrito había menguado la población en 59,179 individuos, estando las cajas de la administración de las fincas de la corona todas vacías. Para auxiliar los trabajos de restauración en este distrito facilitó el rey á su ministro 6,111,735 pesetas, y en menos de un año se habían realizado también allí milagros. Casi todas las casas de labradores y los edificios agrícolas del patrimonio estaban reconstruidos, arrojando el balance un sobrante de 6,100 talers, y habiendo sido establecidos en estos dominios 5,883 habitantes nuevos. Doce años después había adelantado tanto la repoblación, que el número de almas excedía al del año 1756 en 30,584; por manera que desde el año 1762 habían inmigrado en aquel país 89,763 personas que fueron auxiliadas con 12,327 caballos de tiro y abundantes donativos en centeno, cebada y avena. En las ciudades de aquella misma tierra se establecieron hilanderías de lana en tan grandísimo número, llamando operarios y maestros de fuera, que en el año 1763 se hilaron nada menos que 78,324 arrobas de lana.

Siguiendo el consejo de Brenkenhoff, auxilió el rey á la nobleza de todas aquellas tierras con adelantos en dinero hasta la cantidad total de tres millones de talers, primero sin interés ninguno, y luego con un dos por ciento de interés. En los años 1767 y 1768 que habían sido fértiles, el rey había hecho comprar grandes cantidades de cereales en Polonia, todo por inspiración del mismo ministro, y estas provisiones resultaron una verdadera bendición en los años 1770 hasta 1772, en los cuales las malas cosechas originaron una miseria espantosa.

Hallándose Brenkenhoff en la pequeña ciudad de Driesen á orillas del Netze, inmediata á la frontera de Polonia, pudo ver cómo los polacos se destruían y se arruinaban mutuamente en su guerra de facciones que originó el primer reparto de su nación. Cada día llegaban al territorio prusiano multitud de polacos nobles para poner en lugar seguro sus valores muebles, encontrando por parte del ministro prusiano todas las facilidades y toda la amabilidad que permitían las circunstancias. Entre los muchos conocimientos que hizo entonces Brenkenhoff, se contó el de la condesa Skorzevska, conocimiento que resultó luego muy ventajoso para el rey, cuando se hizo el reparto.

Estaba Brenkenhoff dirigiendo las obras de desecación de las cuencas del Netze y Warte, y meditaba la construcción del canal de Bromberg que después ejecutó, cuando recibió el encargo de señalar la nueva frontera de la Prusia por

aquella parte, trabajo que principió en el mes de setiembre del año 1772 con una escolta de 12 dragones mandados por un alférez. En todas partes fueron recibidos como amigos, y la citada condesa cuyas vastas posesiones quedaron solo en parte incluidas en la monarquía prusiana, suplicó á Brenkenhoff que hiciese un esfuerzo para echar la nueva línea divisoria más allá de sus haciendas á fin de librarlas de las devastaciones de sus compatriotas. Brenkenhoff se dejó con-



Francisco de Brenkenhoff. Copia del grabado de C. G. Rasp. Sacada del cuadro original de Liscewsky

vencer y aumentó de su propia autoridad el territorio prusiano con un distrito en el cual vivían unas 2,000 familias alemanas, sin que tuviese que temer ninguna reconvencción de su soberano. Federico no miraba la nueva frontera sino como interina, seguro de que pronto la ensancharía, conforme sucedió en los dos años siguientes, en que el mismo agente prusiano acabó por agregar á los Estados de Prusia un territorio con 28 ciudades polacas, 866 aldeas y 68,000 habitantes.

Antes de haber concluido la fijación definitiva de las nuevas fronteras, había realizado Federico II la incorporación y colonización en sus Estados de la Prusia polaca, para cuyo trabajo se había preparado con la misma minuciosidad que si se hubiese tratado de una gran campaña militar. El plan, los fondos, los materiales y los hombres estaban dispuestos antes de que pudiera tomar legalmente posesión de aquellas tierras, y en 2 de marzo de 1772 escribió al jefe de administración Domhardt sobre la nueva provincia que esperaba

adquirir: «Haré administrar en seguida por mi cuenta los bienes de la Iglesia, indemnizando á sus propietarios actuales con dinero, á fin de que no tengan que mezclarse ya en cosas temporales.» Los súbditos fueron declarados libres, y la servidumbre del terruño quedó abolida, por medio de un reglamento, según el cual los antiguos siervos solo tenían la obligación de servir tres días cada semana gratis al señor del pueblo; y por esta misma razón fueron transformadas en aldeas todos los caseríos de aquellos territorios que no tenían fábricas de cerveza (1). Entre los aldeanos polacos se establecieron otros alemanes, y maestros de escuela, para que en seguida trabajasen en arrancar á los polacos de su servidumbre de ignorancia y les educasen al estilo prusiano. El mismo día 13 de setiembre en que aquella provincia quedó incorporada á los Estados prusianos por el tratado que firmaron las tres potencias, empezaron á funcionar en todos los nuevos distritos las autoridades prusianas, desde los jefes hasta los empleados de consumos y de correos, mientras Brenkenhoff seguía trabajando atrayendo de todas partes á las decaídas ciudades y aldeas habitantes útiles, facilitando la reconstrucción de las casas, y el cultivo de los campos abandonados.

Es difícil formar hoy una idea del estado en que se hallaron estos distritos polacos cuando fueron agregados á la Prusia. Sobre el distrito del Netze escribió el gobierno de provincia establecido en Bromberg en 1773: «El país está yermo; los ganados son de mala calidad y están degenerados; los aperos de labranza son tan imperfectos, que en los arados no hay una sola pieza de hierro; los campos están esquilados, y cubiertos de piedras y de maleza; los prados se han vuelto pantanos y los bosques están medio destruidos. Las ciudades (lugares amurallados) llamadas castillos, están en ruinas, y lo mismo sucede con la mayor parte de las villas menores y las aldeas. Las viviendas existentes apenas parecen propias para servir de morada á seres humanos; son chozas toscas de barro y paja, como hechas por gente primitiva. Los incendios, epidemias y guerras interiores de pasados siglos, y la administración mas defectuosa, han despojado y desmoralizado todo el país. La administración de justicia es tan fatal como la administración civil. La población rural está enteramente degenerada; la clase media no existe, y bosques y pantanos cubren el suelo donde antes se mantenía una población numerosa, á juzgar por los muchos sepulcros germánicos antiguos.»

Para mejorar semejante desierto de una manera permanente y práctica, no había mas que un solo medio, que era el establecimiento de familias alemanas en grande escala, que al mismo tiempo que reanimaran los pocos elementos de su nacionalidad que habían quedado de la época de los caballeros de la orden teutónica, sirviesen de ejemplo á los polacos. Dió Brenkenhoff el primer paso en esta senda estableciendo en aldeas fundadas expresamente algunos miles de trabajadores que habían acudido de todas partes para las obras del canal. Concluido este, como lo quedó, en aquel mismo año de 1773, uniendo los ríos Brahe, Vístula, Warte, Oder y Elba, hubo ya un camino mas cómodo para llevar colonos con sus familias, aperos y ganados. El ministro prusiano conocía muy bien los resortes que tenía que tocar para decidir á la gente que no estaban bien en su país, á dirigirse y á inmigrar en aquellos distritos polacos. Para esto eran necesarios alicientes especiales; necesitaba poderles ofrecer, además de la cesión del terreno, vivienda decente,

(1) Así como las murallas y consejos municipales eran el distintivo de las ciudades, el derecho de tener fábrica y venta de cerveza era el distintivo de la aldea comparada con la casería. (N. del T.)

aperos, ganado, simientes y exención por una serie de años de la contribución de consumos y de las prestaciones personales gratuitas al dueño del terreno; y con esta medida se conformó el rey.

Puso, pues, Brenkenhoff manos á la obra y se dirigió á la Suabia y al ducado de Wurtemberg, que ya le había dado buenos colonos para la Pomerania; porque Federico el Grande lo mismo que sus predecesores, tomaba sus nuevos súbditos donde los encontraba, sin mirar procedencias ni religión. Así el Gran Elector Federico Guillermo y el primer rey de Prusia Federico I admitieron en sus Estados hugonotes, socinianos, valdenses, valones del Palatinado, suizos y menonitas; Federico Guillermo I dió asilo á los protestantes austriacos de Salzburgo, y á los bohemios y hermanos moravos; y del mismo modo Federico el Grande recibió en sus Estados á todo el que quiso establecerse en ellos y someterse á su régimen. Entre los 50,000 colonos forasteros que estableció solo en el Electorado de Brandeburgo entre los años 1740 y 1756, en Pomerania y en el país de Magdeburgo, había gente del Palatinado, suizos, sajones y principalmente meklemburgueses y de los países alemanes limítrofes. En la Prusia polaca y en la cuenca del Netze predominó el elemento de Suabia, uno de los mas característicos de toda la Alemania por su mayor viveza y cultura. Entre los años de 1772 y 1786 se establecieron en los citados territorios 2,207 familias componiendo un total de 11,000 almas, las cuales no llegaron con las manos vacías, porque llevaron en total cerca de un millon de pesetas en metálico. De estas familias eran 716 polaco-alemanas, principalmente de las ciudades de Danzig y Thorn, dos ciudades que en el primer reparto habían quedado todavía adjudicadas á la Polonia reducida; el resto de los inmigrantes eran de Suabia, en todo 678 familias, que fueron agrupadas en aldeas especiales cuya población ha conservado hasta hoy ciertas particularidades características. La mayor parte de estas familias inmigraron en los dos primeros años que siguieron á la muerte de Brenkenhoff ocurrida en 1780. Todos los inmigrantes del Mediodía de Alemania fueron recibidos en la ciudad de Halle por el comisario prusiano y trasladados desde allí por la vía fluvial y el canal de Bromberg á sus diferentes puntos, donde se les reintegró el importe de las tres cuartas partes de su viaje, se les proveyó á expensas del gobierno de pan y de simiente hasta la primera cosecha y se les facilitó dinero para la compra de ganado. Además si había bastantes casas dispuestas, que por otra parte solo constaban de dos cuartos ó estancias, se daba una á cada familia, y cuando no, se alojaban interinamente dos familias en cada casita. A la colonización de la Prusia polaca dirigió Federico II su mayor solicitud, deseando colocar allí cada año un millar de familias nuevas, y respecto de las que inmigraban allí de Suabia mandó en 2 de mayo de 1781 lo siguiente: «Estas familias se establecerán en las propiedades de la corona como gente libre, es decir, no esclava; se les designarán á cada una las tierras de labor y pastos (por lo general cuatro hectáreas aproximadamente); y cuando tengan que hacer prestaciones personales gratuitas en los campos del rey no se les exigirán mas de dos días á la semana. Esta es mi intención con todos los colonos nuevos, porque con estos podemos arreglarnos del modo que queremos.» Estos suabos ó wurtembergueses y badenses llevaron á Prusia un capital considerable de instrucción elemental, conforme lo demuestran los documentos, contratos y cartas de naturalización que á contar desde el año 1798 firmaron los nuevos colonos, resultando que de los mencionados alemanes meridionales sabían escribir sus nombres de 80 á 90 por ciento, mientras de los colonos prusianos y

alemanes del Norte solo lo sabían 70 por ciento y de los colonos polacos ninguno. Estos suabos, es decir, sus descendientes actuales, han conservado en medio de la población polaca católica su religión protestante, y solo á la laboriosidad infatigable que distingue al pueblo alemán del extremo Sudoeste fué posible transformar un suelo rebelde á todo cultivo, y hacerle dar cosechas cuádruples y quintuples que antes. El traje especial de hombres y de mujeres, así como la costumbre heredada de los antiguos colonos romanos, de llevar las mujeres sus cántaros y cestos en la cabeza, como también ciertas danzas, canciones y vocablos, se han ido perdiendo y apenas se distinguen ya los descendientes de suabos de la demás gente de la provincia.

El hecho singular de que estos suabos quisieran establecerse

en Prusia y acostumbrarse á la población y régimen del país, se debió á la fama personal que Federico II había adquirido entre los protestantes de Wurtemberg, á los cuales también ayudó despues en la larga contienda que tuvieron con su soberano tiránico el duque Carlos. Así cantaba un poeta de aquella tierra, Daniel Schubart, en los siguientes términos: «Cuando todavía era niño y se extendió la fama de las heroicidades de Federico por toda la tierra, lloré de alegría; comprendía la grandeza de aquel hombre, y la lágrima que brillaba en mis ojos venía á ser un canto. Cuando fui adolescente, y el nombre de Federico resonaba con mas fuerza por todo el ámbito de la tierra, cogí con ímpetu el arpa de oro para cantar delirante de entusiasmo las alabanzas de Federico.»

LIBRO NOVENO

LOS PRECURSORES DE LA REVOLUCION

I.—ULTIMOS HECHOS DE LUIS XV

La guerra de siete años creó en Europa una situación política enteramente nueva, y la Francia pagó los gastos de este cambio. La Francia al principiar la guerra figuraba todavía como una potencia de primer orden que disponía de poderosos ejércitos y escuadras, de recursos pecuniarios inagotables, de hábiles diplomáticos y de representantes activos en todas las cortes. Pero la guerra de siete años acabó con la antigua fama de sus armas, con sus soberbias escuadras, y con sus colonias; le causó heridas mortales en la hacienda y puso de manifiesto la incapacidad militar y política de sus altas regiones, incapacidad que le hizo perder en adelante el prestigio adquirido. En los años de paz que siguieron, se vió que la Francia había bajado al nivel de potencia de tercero y cuarto orden, pues que á cada tentativa para levantarse sentía que le faltaban las fuerzas.

Su alianza con la Suecia ayudó al rey Gustavo III contra la nobleza de su país; su alianza con la España sirvió á Carlos III para deshacerse de los jesuitas, y su alianza con Austria fué un gran recurso para José II cuando la repartición de la Polonia y el saqueo de la Turquía.

Donde la Francia tenía todavía alguna influencia no sirvió mas que para favorecer intereses extranjeros; y las únicas alianzas que conservaba eran las que no le daban utilidad ninguna cuando no la perjudicaban directamente. Cuando en el año 1773 el conde Broglie presentó al rey la situación á la cual había llegado la Francia (1), designó con su habitual franqueza, como el origen de todas las desgracias, la alianza con el Austria, que el rey Luis miraba como su obra propia y personal, y que el duque de Choiseul había robustecido aunque sobre bases nuevas en el año 1758. Las consecuencias de esta alianza quitaron toda independencia á la política europea de la Francia hasta mucho despues de la paz hecha en 1763, porque le quedaban por pagar al

(1) Encuéntrase en la obra de BOUTARIC: *Correspondance secrète inédite de Louis XV*, en las *Conjectures raisonnées sur la situation actuelle de la France* que Broglie hizo redactar á Favier valiéndose de la correspondencia secreta del rey.

Austria de 33 á 34 millones de subsidios atrasados. Estos subsidios prestaron excelentes servicios á la emperatriz Maria Teresa; pero fueron una pesada carga para los ministros de hacienda franceses que en su continua penuria se veían obligados á pagar durante seis años cada trimestre 875,000 libras (2).

Cuando se hubo pagado el último plazo en 1759 fué enviado al año siguiente en el mes de abril el marqués de Durfort á Viena en calidad de embajador con el encargo de pedir la mano de la archiduquesa Maria Antonieta para el hijo mayor del Delfín difunto. Accedió á este deseo su madre la emperatriz para lograr en adelante directamente lo que hasta entonces había tenido que hacer por la vía indirecta de los ministros. Este empeño de la corte francesa de continuar adherida á la alianza austriaca le hizo perder su antigua influencia en Alemania, Polonia y Turquía, quitándole toda posibilidad de resistencia contra la triple alianza que desde 1772 dictó la ley á la Europa oriental, y solo permitió á la Francia coger algun laurel muy modesto allí donde el Austria no tenía absolutamente ningun interés en quedarse con él. Esto sucedió en 1768 cuando el duque de Choiseul pudo firmar en 15 de mayo el tratado en el cual la república de Génova cedió á la Francia, por 2 millones de francos, todos sus derechos sobre la isla de Córcega, que bajo el mando de su dictador Pascual Paoli, despues de muchos años de sangrientas luchas, estaba á punto de sacudir el yugo genovés. La república de Génova habiendo perdido ya la esperanza de dominar á los corsos rebeldes, cedió la isla á la Francia, la cual la sometió en el verano de 1769 despues de una campaña corta y enérgica.

Paoli huyó en 13 de junio á Inglaterra con sus mas importantes parciales, y el resto de la población, en la cual figuró también la familia Buonaparte, se reconcilió con la Francia que hizo todo cuanto pudo para calmar y atraerse el patriotismo fanático de los corsos. Prescindiendo de este aumento de territorio, no registran los 12 años de actividad ministerial del duque de Choiseul mas que derrotas, pérdidas, desengaños y sacrificios que todos sin excepcion fueron

(2) Desde el 15 de julio 1757 hasta fines del año 1769 recibió el Austria nada menos que 74,968,350 libras de la Francia.